

CAPÍTULO CUARTO

POPULISMO Y EUROPA

Antes de los ochenta, en Europa occidental el de *populismo* no era un término muy difundido para indicar fenómenos políticos contemporáneos. Entre los siglos XIX y XX dicha noción parecía estar reservada a usos historiográficos para referir, primero, a los movimientos ruso y estadounidense originalmente bautizados con ese nombre²⁵¹ y, segundo, a las experiencias políticas latinoamericanas de mediados del siglo pasado, de manera particular, al caso paradigmático del *peronismo*.²⁵²

El éxito del término *populismo* en el discurso público europeo se dio a finales del siglo XX, cuando fueron etiquetados con ese nombre varios sujetos políticos, tendencialmente identificables con una posición de derecha radical y que, pese a sus diferencias, parecían mostrar algunas similitudes relevantes que permitían englobarlos en una misma categoría. En este conjunto fueron agrupados un amplio abanico de partidos y líderes políticos: el Front National (desde 2018 Agrupación Nacional) de Jean Marie Le Pen en Francia, la Lega Nord (desde hace un par de años sólo Lega) y su fundador Umberto Bossi, pero también Silvio Berlusconi y su partido político, Forza Italia, junto a otros partidos como el VlaamsBlock²⁵³ flamenco en Bélgica, el Partido de la Libertad (o de los automovilistas, el Auto-Partei) y la Unión Democrática de Centro liderada por Christoph Blocher (hasta 2007) ambos de Suiza, el Partido del Progreso en Dinamarca y su homónimo en Noruega, y el Partido de la Libertad (Freiheitliche Partei Österreichs, Fpö) del desaparecido líder político Jörg Haider en Austria.²⁵⁴

²⁵¹ Remítase al primer capítulo, *infra*.

²⁵² Taguieff, Pierre-André, *op. cit.*, pp. 55 y 56.

²⁵³ En 2004 este partido fue obligado a disolverse después de que la Suprema Corte belga lo condenara por violar la normativa en contra del racismo y la xenofobia. No obstante, ello no le impidió regresar a la escena política con otro nombre, *Vlaams Belang* (Interés Flamenco).

²⁵⁴ Han sido reconducidos a esta categoría también los casos de la extinta Ny Demokrati (Nueva Democracia) en Suecia y de los Die Republikaner (Los republicanos) en Ale-

En los estudios políticos sobre Europa de las últimas décadas, los términos *populismo* y *populista* son asociados a formaciones políticas guiadas por líderes carismáticos y demagógicos, que critican duramente a los regímenes democráticos contemporáneos y se oponen al proyecto europeísta, cuyo discurso comporta, además, una abierta retórica contra la inmigración en nombre de la defensa de la “identidad” o “soberanía nacional”.

Si bien es posible identificar algunos rasgos o factores comunes entre las experiencias europeas, en este lado del hemisferio también persisten las perplejidades en los intentos por agrupar los fenómenos apenas mencionados bajo la etiqueta *populista*. En principio, al menos antes de la aparición de formaciones políticas como Podemos en España y el Movimiento 5 Stelle (M5S) en Italia, parecía existir un consenso sobre el hecho de que los sujetos (colectivos o individuales) identificados como *populistas* suponían el enésimo renacimiento de la derecha radical en el continente europeo. No obstante, como sabemos, *populismo* no es una noción que denota exclusivamente actores de derecha o extrema derecha; igualmente, no todos los movimientos y líderes que adoptan los postulados ideológicos de la derecha son plausiblemente reconducibles a la noción de *populismo*. ¿Qué es lo que distingue entonces a la gama de partidos y líderes *populistas*, de la vasta categoría de fenómenos identificados con posiciones de derecha radical? Y aún más ¿qué características comunes existen entre los ejemplos arriba enlistados y las experiencias englobadas con el nombre *populismo* en América Latina?

I. PERSISTENCIA DE LAS TESIS CONTEXTUALES SOBRE POPULISMO

No es difícil encontrar semejanzas entre la literatura europea contemporánea y los trabajos latinoamericanos sobre los *populismos* “clásicos”: unos

mania. Cfr. Taguieff, Pierre-André, *op. cit.*, pp. 72 y ss. Para un mayor conocimiento de los distintos movimientos *populistas* europeos, véase a Betz, Hans-George, *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*, Nueva York, St. Martin's Press, 1994; Taggart, Paul, *Il populismo*, *cit.*, pp. 123-147; Mény, Yves y Surel, Yves, *Populismo e democrazia*, *cit.*, pp. 209-273; Mény, Yves y Surel, Yves (eds.), *Democracies and the Populist Challenge*, *cit.*, pp. 120 y ss.; Mudde, Cas, *Populist Radical Right Parties in Europe*, Cambridge, University of Cambridge, 2007; Mudde, Cas y Rovira Kaltwasser (eds.), *Populism in Europe and the Americas: Threat or Corrective for Democracy?*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012; Albertazzi, Daniele y MacDonnell, Duncan, *Twenty-First Century Populism. The Spectre of Western European Democracy*, Basingstoke-Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008.

y otros tienden a considerar al *populismo* como el resultado de procesos conjuntos, o de verdaderas transformaciones de carácter político, social y económico. La hipótesis teórica parece sustancialmente la misma: que el análisis del contexto, en su sentido más amplio y general, permite identificar algunas variables recurrentes que favorecen la emergencia, afirmación, persistencia y consolidación de las experiencias (reconocibles y calificables como) *populistas*, y que su estudio es indispensable para comprender su naturaleza y particularidades.²⁵⁵

A pesar de las problemáticas propias de las explicaciones de tipo causal, es útil reconstruir brevemente los términos desde los cuales se ha desarrollado dicho debate.²⁵⁶ Entre los factores favorables a la emergencia

²⁵⁵ El *populismo* —afirman Mény y Surel— es más susceptible de “aparecer” en momentos de tensión o de crisis, y funciona como un indicador de malestar del cuerpo social y político. Mény, Yves y Surel, Yves, *Populismo e democrazia*, *cit.*, p. 282. De manera similar, afirma Taggart: “el populismo es una reacción a una sensación de crisis extrema... Lo que quizás sea más relevante es que el populismo tiende a surgir cuando hay una fuerte percepción de crisis y los populistas lo utilizan para inyectar una sensación de urgencia que otorga importancia a su mensaje”. Taggart, Paul, “Populism and the Pathology of Representative Politics”, en Mény, Yves y Surel, Yves (eds.), *op. cit.*, p. 69. Los autores del volumen editado por Albertazzi y Duncan ofrecen una larga lista de condiciones “estructurales” favorables (o desfavorables) al éxito (o fracaso) del *populismo* en los países europeos como Austria, Italia, Alemania, Francia, Suiza, Suecia e Irlanda. Los factores que consideran relevantes tienen que ver con la religión, la migración, la economía, el sistema electoral y de partidos, el papel de los medios de comunicación, el problema de la integración europea, los cambios en la cultura política y la incidencia de la corrupción. “El auge del populismo en Europa Occidental es en gran medida —explican Albertazzi y Duncan— una reacción a la incapacidad de los partidos tradicionales para responder adecuadamente a los ojos del electorado a una serie de fenómenos como la globalización económica y cultural, la velocidad y dirección tanto de la migración europea como de la inmigración externa, el declive de las ideologías y las políticas de clase, la corrupción de las élites, etcétera”. Albertazzi, Daniele y McDonnell, Duncan, “The Sceptre and the Spectre”, en Albertazzi, Daniele y McDonnell, Duncan (eds.), *op. cit.* Sobre este tema véase también a Mudde, Cas, “The Populist Zeitgeist”, *cit.*; Betz, Hans-Georg, “Conditions Favoring the Success and Failure of Radical Right-Wing Populist Parties in Contemporary Democracies”, en Mény, Yves y Surel, Yves (eds.), *op. cit.*, pp. 197-213.

²⁵⁶ De acuerdo con Mudde, la “crisis social” asociada al *populismo* puede ser explicada a partir de tres factores esenciales: en primer lugar, el desarrollo hacia sociedades postindustriales que ha creado las condiciones para la aparición de nuevos partidos menos ideológicos. En segundo lugar, el final de la guerra fría ha cambiado las relaciones políticas dentro y fuera de las democracias liberales. La democracia ha perdido al archienemigo con el que siempre se había comparado favorablemente, por lo que, siempre con mayor frecuencia, las “democracias realmente existentes” salen mal evaluadas respecto de los modelos teóricos que las sustentan. En tercer lugar, la globalización, ya sea real o perci-

de formaciones políticas *populistas* es colocada, en primer lugar, la caída de la Unión Soviética y del sistema comunista: a este acontecimiento, que marcaría una época, es atribuido también el fin de la “política ideológica” y el consecuente debilitamiento, si no es que neutralización, de los actores tradicionales de movilización política en el seno las democracias occidentales. A gran escala, destacan las convulsiones provocadas por la globalización,²⁵⁷ empezando por la expansión acelerada de la esfera privada en detrimento de la pública y la atribución de las funciones típicas de administración estatal a sujetos externos (consultores, expertos y profesionales) y, sobre todo, a instituciones supraestatales, como el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización Mundial de Comercio (OMC) y la Unión Europea (este último un organismo propiamente político) que con frecuencia son acusadas de carecer de legitimación democrática y de usurpar el poder de decisión pública a los Estados. Socialmente, las oleadas migratorias masivas, sin precedentes en las últimas décadas, suelen ser presentadas como factores que han alterado profundamente la composición étnica, cultural y religiosa de las sociedades europeas, provocando evidentes reacciones xenófobas.²⁵⁸ En el plano político, sobresalen tres fenómenos que se retroalimentan mutuamente: primero, el debilitamiento de los sujetos y canales tradicionales de mediación política —como el ejercido por los partidos— actores estratégicos de la vida democrática; segundo, la afirmación de la “personalización” del poder que ha transformado la competencia política en una confrontación o, incluso, enfrentamiento de personalidades individuales; y tercero, la influencia siempre creciente de los medios de comunicación masiva —sobre todo de la televisión y, aún más, de Internet— que se erigen como los canales

bida, se presenta como una seria limitación al poder de las élites nacionales, Mudde, Cas, “The Populist Zeitgeist”, *cit.*, p. 555.

²⁵⁷ Para Taguieff, por ejemplo, las movilizaciones definidas como *populistas* son, antes que nada, reacciones más o menos convulsas a los efectos desintegradores de la “globalización salvaje”, efectos de una realidad vivida, anticipada o, incluso imaginada, que hacen del catastrofismo su mayor fuerza de persuasión. Taguieff, Pierre-André, *op. cit.*, p. 12.

²⁵⁸ De acuerdo con Hans-George Betz, no es de extrañar que la afirmación y emergencia de los partidos *populistas* de extrema derecha en Europa Occidental hayan coincidido con la creciente llegada de inmigrantes a la región y, sobre todo, con el gran número de refugiados en busca de paz, seguridad y una vida mejor en las opulentas sociedades europeas. La reacción hacia los “recién llegados” se ha traducido en muestras de xenofobia y racismo en la mayoría de los países de Europa occidental. Betz, Hans-George, *Radical Right-Wing Populism...*, *cit.*, p. 81.

de contacto “directo” entre el líder y las masas, en perjuicio de las instituciones tradicionales de mediación política, el debate público basado en la confrontación de programas políticos y los procesos de deliberación parlamentaria.²⁵⁹

No obstante, como se verá en seguida, la clave distintiva de los fenómenos *populistas* no reside propiamente en un conjunto específico de condiciones históricas, sociales, económicas y políticas, sino en las interpretaciones que los movimientos y actores políticos agrupables bajo el nombre de *populismo* hacen de esa realidad compleja y el tipo de soluciones o alternativas que proponen. Desde esta perspectiva, resulta aún más importante la percepción o, mejor dicho, la representación de la realidad con la que los (movimientos reconocibles como) *populistas* han intentado persuadir a la ciudadanía.²⁶⁰

II. POPULISMO: UNA VISIÓN DEL MUNDO

Al igual que ha ocurrido en los estudios latinoamericanos, en Europa el vocablo *populismo* se ha afirmado como una categoría netamente política, no reducible a la síntesis o al resultado acumulativo de determinadas condiciones económicas, sociales y culturales. *Populismo* —afirma Taggart— es antes que nada un fenómeno político.²⁶¹ Sin embargo, ello no ha impedido que las diversas resonancias semánticas que distinguen a la noción de *populismo* acompañen su difusión en los medios de comunicación, en la política e incluso en el lenguaje especializado europeo.²⁶²

²⁵⁹ Mény, Yves y Surel, Yves, *Populismo e democrazia*, cit., p. 85. De acuerdo con Mény y Surel los principales “malestares” de la ciudadanía, en el contexto europeo, respecto de los regímenes democráticos contemporáneos pueden ser sintetizados en los siguientes puntos: “malcontento con los partidos políticos, acusados de ser ciegos o insensibles a los problemas reales de la población o sus aspiraciones; insatisfacción por las diferencias entre las promesas electorales y los logros reales; incapacidad del personal para afrontar e incluir en el debate político determinados problemas; falta de mecanismos o procedimientos para canalizar y poner de relieve opiniones e ideas no convencionales que podrían perturbar el orden dentro de los partidos e instituciones; insatisfacción con las políticas seguidas en los ámbitos económico y social; pérdida de confianza en los políticos e instituciones, si no es que con las mismas reglas democráticas, especialmente tras la revelación de «escándalos» de corrupción por parte del personal político”. *Ibidem*, p. 29.

²⁶⁰ Mudde, Cas, *op. cit.*, p. 553.

²⁶¹ *Cfr.* Taggart, Paul, *Il populismo*, cit., p. 16.

²⁶² Algunos autores —al igual que algunos especialistas latinoamericanos— insisten en que el término *populismo* denota un “estilo político”, es decir, un tipo específico de

A pesar de la vaguedad y el carácter polémico de la noción en cuestión, en la literatura creciente en ambos lados del Atlántico, se ha ido consolidando gradualmente aquella corriente de estudios que identifica con la palabra *populismo* (o mejor dicho: en la variada gama de formaciones políticas designadas con ese nombre) algunas ideas recurrentes que, si bien no pueden ser consideradas una ideología en sentido estricto, llevan a la configuración de una visión simplificada del mundo político, que puede adaptarse a las más diversas circunstancias, épocas y lugares.

Las divergencias entre los *populismos* de Europa y América Latina pueden ser muchas, sin embargo, todos ellos parecen compartir un mismo esquema interpretativo sobre la realidad política, a partir del cual han modulado sus propios juicios de valor y estrategias políticas. De un estudio comparado, tanto de los esfuerzos latinoamericanos como de la abundante literatura europea, y de los distintos intentos de redefinición en ellos propuestos, se deduce que el esquema ideológico —sensatamente identificable como— *populista* está construido en torno a tres ideas principales: 1) el apelo al “pueblo” (en cualquiera de sus acepciones) como

comunicación política que caracteriza a la retórica de los líderes *populistas* con miras a obtener el consenso popular. Cfr. Taguieff, Pierre-André, “A political Science Confronts Populism: From a Concept Mirage to a Real Problem”, *Telos*, núm. 103, 1995, pp. 9 y ss. Para Taguieff, el *populismo* indica una dimensión del discurso político: “un conjunto de operaciones retóricas realizadas mediante la explotación de ciertas representaciones sociales, susceptibles de dejar huella en diferentes materiales simbólicos y de fijarse en múltiples ideologías, tomando el color político de aquello a lo que se le vincula”. Taguieff, Pierre-André, *L'illusione populista*, cit., p. 80. Aquél es uno de los usos prevalecientes en los medios de comunicación. Otro de los lugares comunes que se repiten en la literatura es la identificación de *populismo* con la noción de demagogia, esto es, con “el apelo al lado afectivo-imaginario del hombre más que a las facultades intelectuales del animal dotado de logos” reconducible o aplicable a cualquier orador político que halaga al *demos* y explota las pasiones elementales de los ciudadanos para sacar el máximo provecho personal. *Ibidem*, pp. 19 y 32. En una de sus reelaboraciones, Taguieff trata al *populismo* como “una modalidad de la demagogia en las sociedades contemporáneas”, que se caracteriza por tratar a los valores y principios democráticos, empezando por el de soberanía popular, como valores absolutos, e interpreta al pueblo como una unidad. Taguieff, Pierre-André, “Le nouveau national-populisme”, en Taguieff, Pierre-André, *Le retour du populisme. Un déficit pour les démocraties européennes*, París, Universalis, 2004, p. 23. Citado por Tarchi, Marco, *Italia populista...*, cit., p. 44. El problema es que este tipo de redefiniciones termina por trivializar el uso de la palabra *populismo*, reduciendo la complejidad de los fenómenos calificados con ese nombre a un aspecto secundario. En palabras de Taggart: “A menudo se confunde el estilo populista con un estilo que simplemente trata de ser popular, de atraer la mayor cantidad de adeptos posible. Esto no es sólo un uso incompleto del término, sino también un uso inexacto”. Paul Taggart, *Il populismo*, cit., p. 16.

sujeto político unitario (o monolítico); 2) una visión maniqueísta de la política entendida como una lucha entre el “pueblo” y sus “enemigos”, representados comúnmente por las élites políticas, económicas y culturales, a las que viene imputada la responsabilidad de haber atentado contra la soberanía, bienestar e, inclusive, la identidad colectiva del “pueblo”, y 3) la aspiración de restablecer la “soberanía popular” mediante la institución de una especie de democracia que trascienda las mediaciones, en primer lugar, la ejercida por los partidos políticos.²⁶³

Las preposiciones que componen el núcleo ideológico del esquema *populista* están lejos de constituir un concepto unitario que valga invariablemente en todo tiempo y espacio, pero gracias a su nivel de abstracción tienen la consistencia suficiente para constituir una “definición mínima”, construida a partir de la identificación de los elementos comunes y persistentes en la retórica de los líderes y movimientos agrupados bajo el lema *populismo* en distintas épocas y áreas geográficas.

Como podrá observarse en seguida, manteniendo firmes las ideas-clave que identifican al *populismo*, es posible no sólo dibujar algunas continuidades y paralelismos entre los casos de esta parte del mundo y los fenómenos latinoamericanos, sino incluso, encontrar algunos puntos de contacto con las experiencias del pasado. Con las salvedades y matices correspondientes, los rasgos de parentesco entre los movimientos *populistas* de unas y otras latitudes saltan a la vista al examinar detenidamente la peculiar interpretación que éstos ofrecen sobre el papel del “pueblo”, la lucha política y la democracia misma.

²⁶³ Cfr. Mény, Yves y Surel, Yves, *op. cit.*, pp. 237-239 y 278; Taggart, Paul, *Il populismo, cit.*, pp. 151-163; Mudde, Cas, “The Populist Zeitgeist”, *cit.*, p. 543; Mudde, Cas, *Populist Radical Right Parties in Europe, cit.*, pp. 11-31; Mény, Yves y Surel, Yves, “The Constitutive Ambiguity of Populism”, en Mény, Yves y Surel, Yves (eds.), *op. cit.*, pp. 1-24; Canovan, Margaret, “Taking Politics to the People: Populism as the Ideology of Democracy”, en Mény, Yves y Surel, Yves (eds.), *op. cit.*, pp. 25-44; Stanley, Ben, “The thin ideology of populism”, *Journal of Political Ideologies*, vol. 13, núm. 1, 2008, pp. 95-110; Albertazzi, Daniele y McDonnell, Duncan, “The Sceptre and the Spectre”, *cit.* pp. 3-7; Mudde, Cas y Rovira Kaltwasser, Cristóbal, “Populism and (liberal) Democracy: a Framework for Analysis”, en Mudde, Cas y Rovira Kaltwasser (eds.), *op. cit.*, pp. 1-26; Mudde, Cas y Rovira Kalywasser, Cristóbal, “Exclusionary vs. Inclusionary Populism: Comparing Contemporary Europe and Latin America”, *Government and Opposition*, vol. 48, núm. 2, 2013, pp. 147-174; Chiapponi, Flavio, *Il populismo nella prospettiva...*, *cit.*, pp. 75-81.

1. *Retórica de apelo al “pueblo”*

La primera característica que parecen tener en común los distintos fenómenos calificados como *populistas* en Europa y Latinoamérica es que comparten una retórica similar de apelo al “pueblo” o, mejor dicho, una representación esquematizada e idealizada del mismo.²⁶⁴ Los *populistas* de ambos hemisferios rinden al “pueblo” un propio y verdadero culto como fuente del orden político, o más en general, del orden social. En dicha representación, el “pueblo” es concebido como un cuerpo único y homogéneo, que no debe ser afectado por fracturas internas o conflictos de intereses particulares.²⁶⁵ El “pueblo” no es entendido simplemente como un conjunto o suma de individuos, sino considerado y percibido como una entidad (o sujeto) capaz de tener un interés unitario o voluntad propia.²⁶⁶

Como se advertía en el capítulo anterior, fundado esencialmente en la exaltación del “pueblo”, el *populismo* recoge las ambigüedades que caracterizan a dicha noción, a su vez, rica de connotados a menudo contradictorios en los usos más comunes y corrientes. Dicho de otro modo, en el *populismo* resuena la polisemia y vaguedad que afecta, desde siempre, a la noción de “pueblo”: la connotación y extensión de este concepto ha presentado, desde siempre, una amplísima gama de variaciones en diferentes contextos. En nombre de (los intereses de) el “pueblo”, los *populistas* han hecho las más diversas reivindicaciones políticas, económicas y sociales, pero también de tipo étnico. Los *populistas* declaran defender la identidad y los intereses del “pueblo” o de querer preservar su integridad y tradiciones al interior y fuera de los confines de la nación, pero interpretando de diferentes formas la naturaleza de esta última. Parece plausible afirmar que el *populismo* como visión del mundo ha asumido las más diversas orientaciones políticas a lo largo del eje izquierda-derecha, de acuerdo con la acepción de “pueblo” reclamada de tanto en tanto por

²⁶⁴ Cfr. Taggart, Paul, *op. cit.*, p. 13. “Siguiendo sólo el contenido de su definición lexical (o descriptiva), «populismo» denota al mismo tiempo un movimiento hacia el pueblo, a favor del pueblo, que hace eco de la voz del pueblo, y una estrategia de seducción popular, que intenta atrapar al “pueblo” con halagos para dominarlo mejor o conquistar el poder político”. Taguieff, Pierre-André, *L'illusione populista, cit.*, p. 89.

²⁶⁵ Cfr. Chiapponi, Flavio *op. cit.*, pp. 76 y 77. De manera similar arguye Taggart: “la concepción populista del «pueblo» es la de un todo fundamentalmente monolítico. El pueblo es representado como una unidad. Constituye una entidad única, sin divisiones fundamentales, unida y solidaria”. Taggart, Paul, *op. cit.*, p. 153.

²⁶⁶ Canovan, Margaret, *op. cit.*, p. 34.

los *populistas* o, bien, según la identidad asignada a la “comunidad imaginada” a la que éstos hacen referencia.²⁶⁷ Es posible que las fronteras del “pueblo” coincidan con las de la nación, el conjunto de la totalidad de los ciudadanos, o que se limite a segmentos sociales particulares, por ejemplo, los más humildes y desfavorecidos.²⁶⁸ Como se verá inmediatamente, esta observación cobra especial relevancia si se contrastan las concepciones de “pueblo” reivindicadas por los *populismos* europeos y latinoamericanos, respectivamente.

De acuerdo con Mény y Surel, a partir de la gama de significados atribuidos a la palabra “pueblo” podemos explicar la heterogeneidad de los fenómenos *populistas* a lo largo del tiempo y en distintas partes del mundo,²⁶⁹ siempre y cuando sea inserta en la constelación ideológica del *populismo* que prevé como constante la contraposición entre el “pueblo” (en cualquiera de sus acepciones) y sus “enemigos”, delineada e impulsada por parte de quienes presumen ser los portavoces de la voluntad del primero.²⁷⁰ Aun así, podemos decir que el “pueblo” reivindicado por los *populistas* de todos los tiempos y latitudes siempre es —quiere ser o “debe” ser— el *demos*, es decir, a quién corresponde el poder (supremo o soberano) de determinar las decisiones políticas en una comunidad determinada. Esta es la identidad (rol o función) del “pueblo” a la que, sin distinciones, ha apelado cualquier partido o líder político (calificable como) *populista*. No hay movimiento *populista* que no haya considerado al “pueblo” como el sujeto soberano, titular único y originario del poder político legítimo.

²⁶⁷ Mény, Yves y Surel, Yves, *Populismo e democrazia, cit.*, p. 197. Como señala Benedict Anderson, el concepto de nación —un término muy cercano al de “pueblo”— debe entenderse como una “comunidad imaginada”, una construcción compatible con una pluralidad de definiciones. Al igual que la de nación, el “pueblo” es una de esas abstracciones que “una vez creadas se convierten en «moduladores», capaces de ser trasplantadas con distintos grados de conciencia a una amplia variedad de tierras sociales y de fusionarse o incorporarse a una gama igualmente amplia de constelaciones políticas e ideológicas”. Anderson, Benedict, *Imagined Communities*, Londres-Nueva York, Verso, 1991, p. 4. Citado por Mény, Yves y Surel, Yves, *op. cit.*, p. 173.

²⁶⁸ Chiapponi, Flavio, “Un tema controverso: el neo populismo”, *cit.*, p. 121.

²⁶⁹ Mény, Yves y Surel, Yves, *op. cit.*, p. 170.

²⁷⁰ Al respecto señala Roberto Biorcio: “el apelo al «pueblo» asume un perfil y unas funciones muy diferentes según los significados atribuidos al mismo concepto de «pueblo», a la definición de sus «enemigos» y a los sujetos políticos que lo proponen”. Biorcio, Roberto, *Il populismo nella politica italiana*, Milán, Mimesi, 2015, p. 13.

Interpretación étnica del “pueblo”

Hay una noción identificativa del “pueblo” no superponible *in toto* a la de *demos*, que ha caracterizado a la mayor parte de los movimientos *populistas* europeos de las últimas décadas. Me refiero a la representación del “pueblo” como un colectivo determinado esencialmente por vínculos de sangre, territorio, tradiciones y raíces culturales en común, y que podemos identificar con la expresión de pueblo-*ethnos*.²⁷¹

La interpretación étnica del “pueblo” presupone que los individuos reconocidos como parte del colectivo *ethnos* tienen una descendencia o un pasado ancestral compartido²⁷² y, en cuanto tales, son considerados miembros “originarios” o “autóctonos” de un determinado territorio, que tiende a coincidir (aunque no siempre) con la extensión geográfica del Estado-nación.²⁷³ La idea central de pueblo-*ethnos* quedaría sintetizada en la expresión alemana *Blut und Boden*.²⁷⁴

²⁷¹ Canovan, Margaret, “Il populismo come ombra della democrazia”, *Europa Europe*, vol. II, núm. 2, 1993, p. 123. Contrariamente a lo señalado por Taguieff, las apelaciones al pueblo-*demos* y pueblo-*ethnos* no son mutuamente excluyentes, sino se sobreponen parcialmente. Un líder o un movimiento *populista* puede referirse simultáneamente a los dos significados de pueblo, tanto el de *demos* como el étnico. De hecho, cualquiera que sea la identificación sustancial “primaria” o prepolítica, el pueblo es siempre *demos*, es decir, el titular de la soberanía. Por tanto, no es posible distinguir claramente entre dos tipos de “estilos populistas” —como propone Taguieff— uno “social-protestante” y otro “identitario-nacional”, dependiendo del pueblo al que apelen. Pierre-André Taguieff, *L'illusione populista*, *cit.*, pp. 57 y 127-145.

²⁷² Taguieff sostiene que los “descendientes” pueden ser considerados herederos (definidos por un patrimonio cultural específico) o miembros de una estirpe biológica (genéticamente determinada) y emparentada. El determinismo histórico-cultural y/o *etno-racional* de una concepción como ésta resulta evidente. *Ibidem*, p. 31.

²⁷³ El significado étnico atribuido al término “pueblo” por parte de algunos *populistas* europeos refiere generalmente a la idea de una comunidad cultural y/o política determinada en relación con un núcleo territorial (*heartland*) coincidente generalmente con el de nación, pero a veces también una fracción de un Estado-nación, que desea ser reconocida como una comunidad cultural y/o política, mejor conocida con el término *Volk*. Pasquino, Gianfranco, *op. cit.*, p. 6.

²⁷⁴ *Ibidem* 16. Es importante subrayar que la interpretación étnica de la noción de “pueblo” no se extiende a todas las personas que viven en un mismo territorio y están sujetas al poder del mismo Estado, sino se limita a quienes gozan de la condición de ciudadanos y tienen en común ciertas costumbres, rasgos culturales e incluso (a veces) un pasado remoto compartido. *Cfr.* Biorcio, Roberto, *op. cit.*, pp. 14 y 15.

A partir de esa idea, Taguieff adopta la categoría ideal-típica de “nacional-populismo”, aplicable al caso del Front National en Francia. Para Taguieff dicho movimiento se distingue por apelar a la idea de “nación”, es decir, a una unidad política dotada de una (presunta) identidad colectiva a partir de lazos de sangre y de suelo, y/o por compartir una historia o tradiciones en común.²⁷⁵ Es importante resaltar, sin embargo, que el significado étnico de “pueblo” puede ser aplicado a diferentes extensiones territoriales: el pueblo-*ethnos* puede ser evocado, como tal, tanto a nivel nacional como regional. Un ejemplo de esto último es representado por el caso de la Lega Nord en Italia. En los noventa, Umberto Bossi, su fundador y líder político (hasta 2012) pretendió justificar sus reivindicaciones autonomistas e, incluso, independentistas, con base en la supuesta existencia de la “comunidad padana” constituida por la población del valle del río Po, ubicada en la región norte de Italia.²⁷⁶

Como cualquier definición de comunidad de pertenencia, la promovida por el *populismo* resulta de un proceso doble, tanto de inclusión como de exclusión:²⁷⁷ quien no es considerado parte del “pueblo”, esto es, quien no es reconducible a su imagen ideal o no alimenta los valores y tradiciones sobre las que se basan los (así llamados) pueblos “autóctonos”, es considerado una “amenaza” o un “obstáculo” que debe ser removido.²⁷⁸

²⁷⁵ Cfr. Taguieff, Pierre-André, *op. cit.*, pp. 140-151.

²⁷⁶ De manera análoga al autor francés, Roberto Biorcio propone la categoría de “populismo regionalista” para referirse al caso de la Lega Nord. Véase a Biorcio, Roberto, “La Lega come attore politico dal federalismo al populismo regionalista”, en Mannheim, Renato (ed.), *La Lega Lombarda*, Milán, Feltrinelli, 1992, pp. 34-82.

²⁷⁷ Como observan Mény y Surel, la noción etnocultural de “pueblo” está íntimamente ligada —como sucede con otros de sus significados— a la exclusión de otros, en particular, a aquellos que se consideran externos y/o ajenos. Para el *populismo*, la pureza imaginada de la comunidad parece estar amenazada por los individuos y grupos ajenos a las bases de la comunidad. Mény, Yves y Surel, Yves, *op. cit.*, p. 192.

²⁷⁸ La tarea de los *populistas* —afirma Tarchi— sería la de expulsar a los agentes patógenos que progresivamente han hecho que la mayoría de los miembros del “pueblo” pierdan conciencia de aquello que les une. Marco Tarchi, *op. cit.*, p. 60. Los partidos *populistas* europeos han adoptado programas políticos centrados en ideas de identidad etno-cultural que Hans-George Betz llama “nativismo”. Cfr. Betz, Hans-George, “La cultura, l’identità e il problema dell’islam: l’agenda nativista della destra radicale”, *Trasgressioni*, vol. XXIII, 2008, pp. 3-23. El núcleo ideológico del “nativismo” propuesto por Betz podría condensarse en tres ideas esenciales. En primer lugar, la presunción de culturas, valores e ideales considerados “originarios” de ciertas poblaciones y que son cruciales para su propia supervivencia. En segundo lugar, la existencia de otras culturas, valores e ideales que son (considerados) antitéticos o incompatibles con los atribuidos a población “autóctona” (o

El apelo al “pueblo” a partir de (pretendidas y supuestas) connotaciones étnicas funciona como un instrumento retórico eficaz en la voz de los *populistas* para engrandecer sus polémicas contra todos aquellos considerados “extraños” a la comunidad: los “extranjeros indeseables”, en particular, los “inmigrantes”, “refugiados” y “clandestinos” o, más en general, “todos aquellos que se apartan de las reglas estandarizadas en los hábitos y costumbres que se han extendido dentro de una comunidad”.²⁷⁹

En general, la retórica de los movimientos *populistas* en el viejo continente, y más recientemente en Estados Unidos, se distingue por una abierta oposición a la inmigración —un rasgo que no encontramos, al menos por ahora, en sus homólogos latinoamericanos. Se trata de un tema espinoso y controvertido respecto del cual los partidos tradicionales han preferido no tomar una posición clara por temor a perder el consenso de los electores. La hostilidad hacia la inmigración —sobre la cual se ha afirmado una imagen claramente negativa— se ha radicalizado en varios contextos hasta tomar la forma de una aversión genérica e indiscriminada hacia los extranjeros, sus costumbres y cultura, cuando no en actitudes de discriminación hacia los grupos étnicos que se encuentran en un mismo territorio; un ejemplo emblemático es el de los *rom* o gitanos. En dos palabras, en actitudes de xenofobia y racismo.²⁸⁰

considerada como tal) y que, por lo mismo, representan un “peligro” para la continuidad de la identidad colectiva de esta última. Tercero, la consideración de la cultura, valores e ideales asignados a la población “originaria” como mejores o más elevados frente aquellos que se asumen como antitéticos o incompatibles. Como puede observarse, el “nativismo” parece rechazar la idea de que existan parámetros, valores y derechos universales y, por lo mismo, sería contraria a una “visión internacionalista global”. *Ibidem*, p. 20.

²⁷⁹ Tarchi, Marco, *op. cit.*, p. 60. La idea de “pueblo” en sentido étnico ha funcionado como eje sobre el que comúnmente se construye el (presunto) antagonismo entre el “pueblo nativo” y los “no nativos”. Según Taguieff, en los años noventa las movilizaciones de Le Pen y Mégret —entonces líder del Front National— apelando al sentido étnico de la palabra “pueblo”, promovieron la defensa de la identidad de los franceses “de origen” contra los inmigrantes. *Cfr.* Taguieff, Pierre-André, *op. cit.*, p. 127. De la misma manera, la Lega Nord, en Italia, ha hecho hincapié en la especificidad histórica, cultural y antropológica de sus zonas de asentamiento —la llanura del Po y los Alpes— como punto de referencia de identidad y de reconocimiento de intereses antagonicos respecto de los “no nativos”. En este sentido —señala Tarchi— puede decirse que la Lega Nord adopta la forma de un movimiento “etno-regionalista”. Tarchi, Marco, *op. cit.*, p. 245.

²⁸⁰ Sobre este tema véase a Cedroni, Lorella, “Democrazia e populismo”, *Democrazia e diritto*, núm. 3-4, 2010, pp. 38-61.

La estigmatización del fenómeno migratorio ha sido articulada de dos maneras prevalecientes y complementarias: la criminalización de los inmigrantes y la reactivación del mito de la “identidad nacional”. Además de ser considerada el principal factor de inseguridad, imaginada como una verdadera y propia fuente de delincuencia por parte de los “recién llegados” — “más clandestinos, menos seguridad” afirma uno de los eslógans más difundidos— la inmigración es percibida al mismo tiempo como una causa profunda de pérdida de identidad y homogeneidad étnica y/o cultural de los pueblos europeos.²⁸¹ En las palabras de Bruno Mégret, ex líder del Front National en Francia:

la marea de la inmigración pone... directamente en cuestión los grandes equilibrios de nuestra nación. La paz civil se ve amenazada, el pleno empleo se ve perturbado, las finanzas públicas y sociales están desequilibradas y, lo que es peor, la identidad misma de nuestra nación se ve amenazada.²⁸²

Dentro de la comunidad de los inmigrantes, los musulmanes residentes en los países europeos han sido los más criticados en los discursos *populistas*. Se considera que estas minorías son incapaces de (o no están dispuestas a) ajustarse a las normas o estilo de vida occidentales, en tanto que defienden valores fundamentalmente discrepantes con las tradiciones, valores e instituciones occidentales: la igualdad de género, la tolerancia, la democracia, entre otras. Para partidos de derecha radical como el Front National y el Vlaams Belang indiscutiblemente el islam es una religión incompatible con las tradiciones culturales de Europa.²⁸³ La paradoja es que, a diferencia de la extrema derecha tradicional, los partidos *populistas* tienden a justificar sus movilizaciones contra los inmigrantes musulmanes (auto)proclamándose a sí mismos como los defensores de los valores

²⁸¹ Taguieff, Pierre-André, *op. cit.*, p. 12. En las palabras de Mény y Surel: “los extranjeros son percibidos como una amenaza no sólo para el Estado de bienestar o el empleo de los nacionales, sino también para la naturaleza constitutiva de la propia nación, su homogeneidad e identidad”. Mény, Yves y Surel, Yves, “The Constitutive Ambiguity of Populism”, *cit.*, p. 7.

²⁸² Mégret, Bruno, *L'alternative nationale*, Saint-Cloud, Éditions Nationales, 1997. Cita-do por Mény, Yves y Surel, Yves, *Populismo e democrazia*, *cit.*, p. 193.

²⁸³ A partir de los eventos del 11 de septiembre de 2001, los partidos *populistas* hicieron de la lucha contra el islam, o bien de la islamofobia, una carta política relevante. *Cfr.* Betz, Hans-Georg, “La cultura, l’identità e il problema dell’islam”, *op. cit.*

occidentales, comenzando por el principio de laicidad, el racionalismo iluminista y la democracia.²⁸⁴

Frente a un escenario como ese, los inmigrantes parecen tener dos opciones: *asimilar* a la cultura occidental o simplemente regresar a sus países de origen. En 2005, Andrea Gibelli, presidente del grupo parlamentario de la *Lega Nord*, afirmaba que en Europa existe “una cultura de referencia” y “aquellos que vienen a este lugar o se remiten a ella o mejor que no vengán aquí”.²⁸⁵ Los inmigrantes que buscan establecerse de manera permanente en Italia deberían entonces respetar la identidad cultural del país, las tradiciones y los valores occidentales o irse de allí.

Con base en la hostilidad hacia los inmigrantes, los *populistas* europeos han impulsado diversas propuestas políticas que van desde la reforma del sistema de *welfare state* hacia una especie de “chauvinismo de bienestar”²⁸⁶ —expresión empleada por Habermas para referirse a aquellas políticas que buscan reservar el goce de derechos sociales a los ciudadanos nacionales de cada país—²⁸⁷ la promoción de rígidas políticas para contrarrestar los flujos migratorios provenientes de África, Asia, Medio Oriente y Europa del Este, el cierre de fronteras para hacerle frente a la “amenaza” que representa la “invasión extranjera”,²⁸⁸ hasta la persecución y consi-

²⁸⁴ En 2002, Dewinter aseguraba que la democracia y la libertad de opinión, la separación entre la Iglesia y el Estado, la igualdad entre hombres y mujeres y, en general, la forma de vida occidental era demasiado valiosa para ser sustituida con el “totalitarismo verde del islam”. Dewinter, Filip, *Het Groene Totalitarisme: De Kolonisatie van Europa!*, Anversa, 20 noviembre 2002. Citado por *Ibidem*, nota 41, p. 22.

²⁸⁵ Para la *Lega Nord*, los principios de esta “cultura de referencia” son la separación entre la esfera del Estado y la religiosa, la democracia y los derechos humanos. *Ibidem*, nota 47, p. 22.

²⁸⁶ Una de las características comunes de los partidos *populistas* en Europa es la exigencia de una protección social exclusiva a los ciudadanos “autóctonos”. El eslogan xenóforo de “preferencia nacional”, hecho famoso por Le Pen y resumido en la frase “los franceses primero” ha sido imitado en Europa —y América— por los movimientos llamados “nacional-populistas”. Véase Taguieff, Pierre-André, *op. cit.*, p. 14. Las resonancias con el nacionalsocialismo son (casi) inevitables; fácilmente podría venir a la memoria el lema “Deutschland über alles”, primer verso del himno escrito por August Heinrich Hoffmann von Fallersleben para la Alemania nazi. Sobre este punto véase a Betz, Hans-Georg, *Radical Right-Wing Populism...*, *cit.*, p. 35

²⁸⁷ Habermas, Jürgen, *Facticidad y validez*, Madrid, Trotta, 1998 pp. 619-643.

²⁸⁸ En las declaraciones de los exponentes de los miembros del Front National, empezando por su líder, la denuncia de la “invasión de la inmigración” es omnipresente. A través de esta retórica, el fenómeno migratorio se ha equiparado a una agresión militar contra la cual deben activarse las defensas. Desde esta perspectiva, luchar contra la inmi-

guiente expulsión —o dicho en términos eufemísticos, fomentar “el regreso a casa”— de los “intrusos” o “indeseables”.²⁸⁹

El anterior es uno de los factores que induce a adscribir a los partidos *populistas* europeos a posiciones de extrema derecha. Sin embargo, advierten Mény y Surel, la asimilación entre *populismo* y extrema derecha corre el riesgo de complicar aún más la comprensión del fenómeno, al considerar tan sólo un aspecto (tal vez) coyuntural de un problema complejo.²⁹⁰ Muchas de las formas políticas (identificadas como) *populistas* en el continente europeo comparten el apelo al “pueblo” en sentido étnico como elemento retórico para sustentar su posición contraria a la inmigración. Sin embargo, no se puede afirmar que tal postura sea un rasgo común a todos los fenómenos reconducibles a la categoría de *populismo* en Europa. Piénsese, sobre todo, en aquellos movimientos o partidos políticos asumidos como *populistas* pero que, *prima facie*, no parecen compartir una posición ideológica de derecha, como el Movimiento 5 Stelle en Italia²⁹¹ y Podemos en España,²⁹² por citar los casos más conocidos. Puede afirmarse que, en principio, su mensaje se dirige al “pueblo”, no en su sentido étnico sino en tanto que *demos*, es decir, como el conjunto de ciudadanos que reclaman para

gración significa luchar por la protección de la “identidad nacional”. La misma retórica ha estado presente en el partido de *Los republicanos* alemanes y en el del Vlaams Belang de Bélgica. Véase Chiapponi, Flavio, *Il populismo nella prospettiva della scienza politica*, cit., p. 70. Véase también a Taguieff, Pierre-André, *op. cit.*, pp. 144 y 145.

²⁸⁹ *Ibid.* Por lo general, una de las características del núcleo ideológico *populista* es la oposición del “pueblo” a las potencias dominantes, a las oligarquías políticas, económicas y financieras. Pero si se limita la idea de “pueblo” a la de comunidad definida sobre la base de identidades étnicas, también los extranjeros o, en particular, los inmigrantes y, más en general, las minorías étnicas pueden ser objeto de prejuicio u hostilidad por parte de los *populistas*. Cfr. Biorcio, Roberto, *Il populismo nella politica italiana*, cit., p. 15.

²⁹⁰ Mény, Yves y Surel, Yves, *Populismo e democrazia*, cit., p. 26.

²⁹¹ Sobre este tema consúltese a Biorcio, Roberto y Natale, Paolo, *Politica a 5 stelle: idee, storie e strategie del movimento di Grillo*, Milán, Feltrinelli, 2013; Corbetta, Piergiorgio, *Il partito di Grillo*, Bolonia, Il Mulino, 2013; Dal Lago, Alessandro, *Clic! Grillo, Casaleggio e la demagogia elettronica*, Nápoles, Cronopio, 2013; Greblo, Edoardo, *Filosofia di Beppe Grillo. Il Movimento 5 Stelle*, Milán-Údine, Mimesis, 2013; Santoro, Giuliano, *Un grillo qualunque. Il Movimento 5 Stelle e il populismo digitale nella crisi dei partiti italiani*, Roma, Castelvecchi, 2013; Lanzone, Liza y Woods, Dwayne, “Riding the Populist Web: Contextualizing the Five Star Movement (M5S) in Italy”, *Politics and Governance*, vol. 3, núm. 2, 2015, pp. 54-64.

²⁹² Consúltese a Álvarez Tardío, Manuel, “La remasterización de la izquierda antiliberal y el caso de Podemos”, *Cuadernos de Pensamiento Político*, núm. 46, 2015, pp. 9-34; Rye, Danny, “Politics in a Time of Crisis: Podemos and the Future of Democracy in Europe, Pablo Iglesias”, *Parliamentary Affairs*, vol. 69, núm. 4, 2016, pp. 954-957.

sí una posición protagónica al interior de una comunidad política, mas no como un colectivo *prepolítico* determinado por vínculos de sangre y tierra, como en el caso del Front National en Francia por ejemplo.²⁹³

2. *Antagonismo antielitista*

El segundo rasgo que caracteriza a la visión del mundo formulada por el *populismo*, igualmente presente en los movimientos *populistas* de Europa y América Latina, consiste en el maniqueísmo político: la articulación de un esquema dicotómico estructurado sobre la oposición entre un polo positivo, el “pueblo”, y uno negativo, los así llamados “enemigos del pueblo”.²⁹⁴ De acuerdo con Cas Mudde, uno de los elementos distintivos de la retórica *populista* precisamente es la convicción de que, en última instancia, la sociedad está dividida en dos grupos homogéneos y antagónicos, el “pueblo puro” frente a las “élites corruptas”, y que la política debe ser la expresión de la “voluntad general del pueblo”.²⁹⁵ De manera similar, Albertazzi y Duncan señalan que el *populismo* tiende a contraponer al “pueblo” virtuoso y homogéneo a un surtido grupo de élites y otros sujetos “peligrosos” dispuestos a despojar (o a intentar despojar) al “pueblo” soberano de sus derechos, valores, prosperidad, de su identidad y de su voz.²⁹⁶

²⁹³ Como se ha dicho antes, la noción de “pueblo-etnia” es comúnmente utilizada por los *populistas* (pero no únicamente por ellos) como una categoría de exclusión social y, de hecho, de discriminación contra los inmigrantes. Sin embargo, es importante advertir que la categoría de ciudadanía también ha desempeñado esta función en las últimas décadas. Cada vez con mayor frecuencia, el término “ciudadano” se utiliza en oposición a la de “extranjero”, “inmigrante”, “no comunitario” o “refugiado”. La célebre obra de Thomas Humphrey Marshall, *Citizen and Social Class and Other Essays* (Cambridge, Cambridge University Press, 1950) ha contribuido a la reinterpretación de la noción de ciudadanía como fundamento de los derechos en lugar del concepto de persona. Este es, sin embargo, un uso indebido de dicha noción. En sentido estricto, “ciudadano” es aquel que participa (directa o indirectamente) en el proceso de autodeterminación colectiva. Sobre este tema véase Míndus, Patricia, *Hacia una teoría funcionalista de la ciudadanía*, España, Marcial Pons, 2019.

²⁹⁴ Como se verá más adelante, la naturaleza polémica del *populismo*, definida a partir de la oposición entre el “pueblo” y uno u otro bloque de actores y/o sujetos, puede articularse de distintas maneras, según la interpretación de la noción de “pueblo” reivindicada de vez en cuando por los movimientos (calificados como) *populistas*.

²⁹⁵ *Cfr.* Mudde, Cas, “The Populist Zeitgeist”, *cit.*, pp. 543 y 544.

²⁹⁶ Albertazzi, Daniele y McDonnell, Duncan, “The Sceptre and the Spectre”, *cit.*, p. 3.

La reivindicación del “pueblo” de los *populistas* se dirige siempre en contra de una amplia gama de “chivos expiatorios” —para usar una expresión atenuada— que son culpados de todos los males que aquejan al “pueblo”.²⁹⁷ Nótese desde ahora que el antagonismo que caracteriza al *populismo* parece denunciar, *prima facie*, una asimetría de poder entre las partes involucradas, en tanto que está articulado entre quienes están “abajo” (el pueblo) y aquellos que están en lo “alto” (las élites). Desde siempre, los *populistas* han reclamado hablar en nombre de la “gente oprimida” y pretendido emanciparla haciéndola consciente de dicha opresión.²⁹⁸ Desde las experiencias de los *narodniki* y el People’s Party de finales del siglo XIX, el discurso de los actores (tildados de) *populistas* se caracteriza por contraponer los (pretendidos) intereses del “pueblo” a los de las élites hegemónicas que son capaces de asumir, condicionar o influenciar las decisiones (políticas, económicas, sociales) relevantes para el destino de una sociedad determinada. Sin embargo, en los movimientos *populistas* europeos de las últimas dos o tres décadas, los intereses del “pueblo” —como hemos visto— parecen estar amenazados, además, por los intereses de

²⁹⁷ De acuerdo con Taggart, la identificación del “enemigo” juega un papel crucial en la construcción de la identidad política del *populismo*. En primer lugar, porque los *populistas* definen la categoría de “pueblo” en contraposición a grupos sociales considerados “ajenos”, “desagradables” o “corruptos” a los que se les atribuyen comúnmente cualidades (o intenciones) perversas. Taggart llama “demonización” a esta operación retórica: “la demonización de ciertos grupos sociales por parte de los populistas tiene dos consecuencias. Primero, genera consenso en aquellos que comparten el mismo resentimiento hacia los grupos demonizados. En otras palabras, aporta aprobación a la causa populista. En segundo lugar, refuerza (o incluso crea) un sentimiento de solidaridad entre los que demonizan a ciertos grupos sociales. En ausencia de otros vínculos entre los partidarios del populismo, este segundo aspecto puede ser particularmente importante. La combinación de estos dos efectos crea enemigos y solidaridad”. Taggart, Paul, *op. cit.*, p. 156. Traducción propia. La “conciencia de solidaridad de grupo —para el populismo— implica la designación de un enemigo del pueblo, externo o interno”. Taguieff, Pierre-André, *op. cit.*, p. 97. En la misma línea interpretativa afirma Gianfranco Pasquino: “la cohesión del movimiento populista está garantizada y consolidada esencialmente por la identificación, la oposición y, en la mayoría de los casos, la hostilidad dirigida en contra de enemigos particulares: el sistema político, los agentes financieros de la globalización, los tecnócratas, los inmigrantes, es decir, todos «aquellos que no son como nosotros»”. Pasquino, Gianfranco, *op. cit.*, p. 28.

²⁹⁸ Todos los líderes, movimientos o partidos *populistas* se declaran “de parte del pueblo” en contraposición de las “élites” y todos aquellos que actúan a favor de los intereses políticos, económicos y sociales de los grupos dominantes. *Cfr.* Biorcio, Roberto, *Il populismo nella politica italiana, cit.*, p. 18.

los extranjeros o, más en específico, de los “inmigrantes”, “clandestinos” o “refugiados”. En este caso, el antagonismo *populista* se invierte y dirige hacia quienes está “todavía más abajo”.²⁹⁹

La visión dicotómica de la sociedad delineada por los *populistas* ha contrapuesto, en el terreno económico, al “pueblo” de los trabajadores manuales —ya sean los campesinos o la clase obrera— al mundo de los dirigentes de las grandes compañías industriales o financieras, como en el caso de los *narodniki* y del People’s Party. Pero también, de manera más amplia y genérica, a la parte más desfavorecida, humilde y pobre de la población contra los sectores más acomodados, colocados en los niveles superiores del poder económico y del prestigio social, como en las experiencias de Juan Domingo Perón en Argentina, de Alberto Fujimori en Perú y de Hugo Chávez en Venezuela a finales del siglo XX.

Aunque dicho esquema general no está ausente en los movimientos *populistas* europeos, la retórica de éstos últimos está dirigida principalmente contra las élites económico-financieras a nivel mundial o regional, las (supuestas) causantes del deterioro de las condiciones de vida de vastos sectores de la población europea. A nivel internacional, los “enemigos” declarados de los *populistas* son los bancos centrales, los *holdings* financieros internacionales y las diversas organizaciones gubernamentales casi autónomas —los así llamados *quangos* por sus siglas en inglés (*quasi-autonomous non governmental organisation*), por lo general, organizaciones a las que el gobierno ha transferido ciertas funciones públicas, pero que siguen siendo parcialmente controladas y/o financiadas por organismos gubernamentales— junto a las instituciones supranacionales de gobierno económico como el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización Mundial del Comercio (OMC) y otras instituciones regionales como la Unión Europea. En un discurso pronunciado el 10. de mayo de 1998, Jean Marie Le-Pen afirmaba:

²⁹⁹ Sobre este punto véase a Casullo, María Esperanza, *op. cit.*, pp. 125-151. En los primeros casos, “los de arriba” son definidos en términos socioeconómicos (sectores financieros, empresarios, grandes propietarios agropecuarios, bancarios, grandes medios) generalmente, articulados o funcionales a los intereses extranjeros. En el caso europeo y, más recientemente, también en los Estados Unidos de América, “los de abajo” son definidos en términos socio-étnico-culturales, coincidentes principalmente con minorías étnicas o regionales, migrantes y extranjeros en general. *Ibidem*, p. 84.

La nueva esclavitud de hoy en día es el Nuevo Orden Mundial, y los nuevos negreros son los grandes líderes de las finanzas internacionales, de estas finanzas anónimas y errantes que quieren destruir naciones. Esta nueva esclavitud domina a los pueblos de todo el mundo. Las nuevas Tablas de la Ley son la bolsa de Chicago o el índice Dow Jones, los nuevos representantes de esta religión son el GATT [Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio], el FMI [Fondo Monetario Internacional] y la OSCE [Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa] y sus profetas la *CNN* y el *Washington Post*. Estas fuerzas oscuras tienen en *nuestra casa* su Caballo de Troya, es decir, la eurocracia de Bruselas.³⁰⁰

No obstante, sujetos como los *holdings* financieros internacionales o instituciones supranacionales como el FMI o la OMC pueden ser considerados también como los “enemigos” de la izquierda tradicional y de otras posiciones ideológicas no necesariamente identificables como *populistas*, es importante subrayar que el llamado a las “naciones”, al “pueblo”, y a expresiones como “nuestra casa” es un rasgo característico de la visión *populista* del mundo político.

El antagonismo de los partidos y de los líderes *populistas* contra las élites globales y regionales encuentran en las críticas hacia la Unión Europea un terreno particularmente fértil para consolidar y alimentar sus protestas que, muchas veces, llevan implícitas reivindicaciones “nacionalistas” o “soberanistas” —un término nuevamente en boga— en contra de las instituciones europeas. La creciente influencia de las organizaciones supraestatales —como el FMI, la OMC y la UE— es vista como una amenaza a las naciones europeas en tanto que han desplazado el centro de las decisiones políticas hacia afuera de los Estados, horizontes más vagos e inciertos, en los que reinan los intereses privados.³⁰¹

Para los *populistas*, de acuerdo con su interpretación organicista del proceso de autodeterminación colectiva, la democracia está estrechamente vinculada al territorio en el que nació, el Estado-nación, fuera del cual es inconcebible. Cualquier transferencia (o cesión parcial) de la soberanía

³⁰⁰ Énfasis mío. Disponible en el sitio de Internet del Front National, www.front-ant.fr/discours/mai98.htm. Citado por Mény, Yves y Surel, Yves, *op. cit.*, nota 25, p. 137.

³⁰¹ Con el reconocimiento del papel fundamental de los actores supranacionales a través de mecanismos cada vez más amplios de delegación de poder, los Estados-nación reducen su campo de acción. *Ibidem*, p. 135. Nótese que este aspecto también puede ser considerado un elemento de ambigüedad o confusión con las posiciones de los movimientos tradicionales de izquierda.

política a organizaciones decisionales de carácter supraestatal, regional o global, es vista como un factor de empobrecimiento de la democracia misma.³⁰²

Como en los *populismos* de otros tiempos y regiones geográficas, en la lista de “enemigos” de los casos europeos destaca la “casta política”, concebida tendencialmente como un bloque de poder oligárquico, autorreferencial y alejado de los “ciudadanos comunes”.³⁰³ Dentro de esa categoría son incluidos los grupos parlamentarios, independientemente de su posición o color político, junto a los vértices del gobierno y la administración pública; a los ojos de los *populistas*, “los políticos de profesión son todos unos parásitos aprovechados”.³⁰⁴ La hostilidad hacia la élite política deriva, en buena parte, de su fracaso o traición constatada (o advertida como

³⁰² *Ibidem*, p. 286.

³⁰³ “En el panteón populista de los enemigos del pueblo, el puesto de honor corresponde aquellos que pertenecen al mundo de la política, poblado exclusivamente por «parásitos» que explotan los sacrificios de la gente sencilla para su propio beneficio, y por usurpadores que han arrebatado al pueblo la soberanía que le pertenece”. Tarchi, Marco, *op. cit.*, p. 62. La crítica de los *populistas* contra la así llamada “clase política” ha llevado a vincular la noción de *populismo* con la de “antipolítica” hasta el punto de reducirla a esta última. El término “antipolítica” se entiende comúnmente como una actitud o sentimiento de aversión generalizada hacia la clase de políticos de profesión, considerados cada vez más distantes de los intereses de la ciudadanía, sordos a las necesidades reales de la sociedad y enfocados exclusivamente a la defensa de sus privilegios de “casta”. Este sentimiento de hostilidad va acompañado de una petición de una política “diferente”, hecha por personas nuevas con programas no convencionales, ajenos a la vieja clase política. La equiparación entre populismo y “antipolítica” no parece, sin embargo, totalmente justificada; esta última parece como uno solo de los rasgos característicos del *populismo*. No obstante, podemos decir que la actitud “antipolítica” se vuelve dominante cuando el “pueblo” de los populistas es interpretado esencialmente como *demos*. Sobre el tema consúltese a Mastropaolo, Alfio, *Antipolitica. All'origine della crisi italiana*, Nápoles, L'Ancora, 2000; Mastropaolo, Alfio, *La mucca pazza della democrazia. Nuove destre, populismo, antipolitica*, Turín, Bollati-Boringhieri, 2005, p. 67 y ss.; Mastropaolo, Alfio, *La democrazia è una causa persa?*, Turín, Bollati Boringhieri, 2011; Crosti, Massimo, “Per una definizione del populismo come antipolitica”, *Ricerche di storia politica*, vol. VII, núm. 3, 2004, pp. 425-443.

³⁰⁴ No debemos confundir la actitud antielitista de los movimientos o partidos *populistas* con una posición que aspire a cambiar o transformar las instituciones fundamentales del orden económico y social vigentes. De igual manera, el antielitismo *populista* no se traduce necesariamente en un rechazo a la competencia electoral; por el contrario, ésta es usada generalmente como el mecanismo para probar y confirmar su respaldo popular, salvo que los resultados no les favorezcan. Sobre este punto véase Roberts, Kenneth M., “El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina...”, *cit.*; Mauceri, Philip, “State Reform, Coalitions, and the Neoliberal Autogolpe in Peru”, *Latin American Research Review*, vol. 30, núm. 1, 1995, pp. 7-37.

tal) en la tarea esencial que le había sido confiada por la ciudadanía: proteger y hacer valer los intereses del “pueblo”.³⁰⁵

Con razón o sin ella, la percepción generalizada entre los *populistas* (aunque no es exclusiva de ellos) es que los representantes electos, quienes deberían ser los intérpretes y garantes del interés general, se han vendido a los intereses de los potentados económicos, de los que esperan salir beneficiados. La traición de los políticos hacia la ciudadanía quedaría demostrada en los ominosos actos de corrupción en manos de quienes detentan el poder. En Europa, las protestas impulsadas por los *populistas* se han centrado en denunciar la corrupción como una práctica generalizada y sistemática de todos los políticos; es precisamente dicha característica la que permite hablar de la clase política en términos de “bloque” o “antipueblo”.³⁰⁶ “Todos corruptos” es el anatema habitual de los *populistas* que justificaría el llamado a la “limpieza radical” del mundo político entero. Sus homólogos latinoamericanos en dramáticas circunstancias expresarían el desprecio y desencanto total hacia los gobernantes con la frase “que se vayan todos”.

³⁰⁵ “A las élites se les acusa de abusar de su posición de poder en lugar de actuar de conformidad con los intereses del pueblo en su conjunto”. Mény Yves y Surel, Yves, “The Constitutive Ambiguity of Populism”, *cit.*, p. 13. “El mensaje central del populismo, repetido por diversos líderes y movimientos en muchas democracias consolidadas, es que la política ha escapado al *control popular*. Canovan ilustra el mensaje político del *populismo* en los siguientes términos: “Este es *nuestro* sistema político, en el que nosotros, el pueblo soberano y democrático tiene el derecho de ejercer el gobierno; pero hemos sido excluidos de él por parte de los *políticos corruptos* y élites no representativas que han traicionado nuestros intereses, ignoran nuestras opiniones y nos amenazan con desprecio”. El cursivo es mío. Canovan, Margaret, “Taking Politics to the People: Populism as the Ideology of Democracy”, *cit.*, p. 27.

³⁰⁶ Esto es particularmente evidente en Italia, donde en diferentes y sucesivas circunstancias históricas los partidos *populistas*, la Lega Nord, Forza Italia y más recientemente el Movimiento 5 Stelle, han montado una y otra vez la ola del descontento público, tras la aparición de fenómenos macroscópicos de corrupción a partir de la operación judicial comúnmente conocida como “Mani pulite” (Manos limpias). La bibliografía sobre este tema es abundante, aquí me limitaré a mencionar a Giglioli, Pier Paolo, “Political Corruption and the Media: The Tangentopoli Affair”, *International Social Science Journal*, vol. 149, núm. 48, 1996, pp. 381-394; Barbacetto, Gianni *et al.*, *Mani pulite*, Milán, Chiarelettere, 2012.

3. *Al rescate de la democracia*

En última instancia, el imaginario *populista* reclama el regreso de la legitimación política a la fuente primigenia que debería caracterizar a toda democracia. La meta proclamada por el *populismo* es restituir el cetro de poder o, en otras palabras, la plena soberanía al “pueblo” que las élites gobernantes han traicionado y del que han usurpado el poder legítimo originario. Sólo una vez recuperada su plena soberanía, el “pueblo” podrá reconquistar también el papel central en el orden social y económico de la comunidad.

Tanto en América Latina como en Europa, los movimientos *populistas* se presentan a sí mismos como los restauradores de la democracia “real”. La democracia “auténtica” regresará a ser lo que era —dicen los *populistas*— cuando vuelva a valer la voluntad del “pueblo”. La fórmula atribuida a Lincoln del “gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”, podría expresar la idea de democracia propugnada por el *populismo*. En la retórica de partidos como el Front National, la Lega Nord o el Vlaams-Blok no han faltado las referencias a frases célebres de personajes ilustres (como el mismo Lincoln o Jacques Maritain) para dotar de fuerza sus propias convicciones y presentarse ante la opinión pública como defensores de la “verdadera” democracia. Algo que también sucede, aunque con otros referentes (como Tupac Amaru o Simón Bolívar) en los más recientes movimientos liderados por Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa del otro lado del mundo.

Podría decirse que la reivindicación de la soberanía popular característica de la retórica *populista* mira hacia dos objetivos fundamentales: por un lado, a la idea de que las élites en el poder deben ser expulsadas y remplazadas por líderes capaces de actuar por el bien de la comunidad. Por otro, apunta a la necesidad de redimensionar, sino es que trascender, las instituciones de la democracia representativa, con el fin de recolocar al “pueblo” como fuente última del poder *más allá de cualquier forma de representación o mediación*.³⁰⁷ Uno de los factores comunes a todo movimiento *populista* —afirma Taguieff— consiste en el rechazo de las instituciones de mediación política, juzgadas como inútiles o superfluas, limitativas o

³⁰⁷ De acuerdo con Mény y Surel, los partidos y movimientos *populistas* se proponen un objetivo doble: volver a los fundamentos democráticos del sistema y poner de relieve las distorsiones causadas por los detentadores del poder en consonancia con los ideales originales de la democracia. Mény, Yves y Surel, Yves, *Populismo e democrazia*, cit., p. 229.

nocivas.³⁰⁸ El *populismo* tiende a mal soportar al Parlamento, la institución cuyo destino intrínseco lleva al diálogo y el compromiso, junto con otras formas tradicionales de organización de la vida pública, como los partidos y los sindicatos.³⁰⁹

En las democracias liberales, donde los partidos políticos son los principales actores en el proceso de representación, no es sorprendente que el *antipartidismo* juegue un papel relevante en la retórica *populista*. Los partidos políticos, antes que intermediarios entre la sociedad y las instituciones políticas, son dibujados por el imaginario *populista* como “máquinas electorales” para conquistar y administrar sus propias cuotas de poder o, dicho en otras palabras, como instituciones autointeresadas, dirigidas por fines propios, y extrañas a las demandas y necesidades del “pueblo” que deberían representar para justificar su propia existencia. Por esa razón, los actores y movimientos *populistas* buscan distanciarse de la clase política gobernante, negándose a presentarse como “partidos” y adoptando otras etiquetas como “liga”, “frente”, “bloque” o “movimiento” e, incluso, el nombre —intencionalmente paradójico— de “antipartido”.³¹⁰

Algunos estudiosos reconocen en los movimientos *populistas* formas organizativas significativamente distintas a los partidos políticos tradicionales de masa. A diferencia de estos últimos, los partidos *populistas* parecen contar con un modelo de organización flexible, en lugar de una rígida estructura burocratizada, y la existencia un liderazgo fuerte alrededor

³⁰⁸ Taguieff, Pierre-André, *op. cit.*, p. 85.

³⁰⁹ Como observa Taguieff, el apelo al “pueblo” parece orientado hacia la institución de un orden político sin mediaciones, liberado de los sistemas abstractos y complejos de representación, que abre un espacio utópico en el que el principio de soberanía popular se traduce en autogobierno puro. *Ibidem*, p. 145.

³¹⁰ Este sería el caso del Movimiento 5 Stelle italiano, nacido y creado, en muy poco tiempo, desde el espacio virtual del blog de Beppe Grillo, y autoproclamado como un “no partido”. Según el artículo 4o. de su reglamento interno —llamado paradójicamente con el nombre de “no estatuto”— el Movimiento 5 Stelle “no es un partido político ni está destinado a serlo en el futuro”. De acuerdo con dicho documento, el Movimiento quiere ser “testigo de la posibilidad de realizar un intercambio eficiente y eficaz de las opiniones y de confrontación democrática fuera de los vínculos asociativos y partidarios, sin la mediación de órganos ejecutivos o representativos, reconociendo a la totalidad de usuarios de la red el papel de gobierno y dirección normalmente atribuidos a pocos”. Disponible en: <http://www.beppegrillo.it/listeciviche/liste/arcidosso/non-statuto-del-movimento-5-stelle-di-arcidosso.html>. Cabe destacar que el rechazo explícito de la calificación de “partido” y, al mismo tiempo, la identificación original y posmoderna del “pueblo” con la totalidad de los usuarios de Internet.

del cual se crea comúnmente un verdadero culto a la personalidad.³¹¹ El partido creado por Silvio Berlusconi puede ser considerado el ejemplo paradigmático de ese fenómeno. En 1994, Berlusconi lanzó su partido —según sus propias palabras— como un “producto político” análogo a un artículo comercial. Los candidatos a las elecciones fueron reclutados de entre las redes profesionales del líder y la estructura de base partidista fue organizada a semejanza del club de fanáticos de fútbol soccer y con los mismos slogans básicos: comenzando por el de “Forza Italia”, adoptado incluso como nombre del partido mismo. No obstante, la naturaleza y características organizacionales de los movimientos *populistas* es una cuestión abierta a la investigación empírica.³¹²

En todo caso, el *populismo* parte de la necesidad de reformar radicalmente a los partidos políticos, si no es que suprimirlos, y sustituirlos por una forma de “democracia directa” que garantice el contacto inmediato entre los gobernados y los gobernantes o, incluso, unos y otros coincidan plenamente.³¹³ En efecto, los movimientos *populistas* de Europa y América

³¹¹ Sobre este punto consúltese a Taggart, Paul, *op. cit.*, pp. 166-170. Margaret Canovan identificaba como una característica distintiva de los movimientos *populistas* el contar con un líder “apolítico”, esto es, ajeno a las formaciones políticas tradicionales, pero capaz de ofrecerse como punto de referencia e identificación del propio “pueblo” y como garante de sus “verdaderos” intereses. *Cfr.* Margaret Canovan, *op. cit.*, pp. 27 y ss. Sin embargo, como hemos visto anteriormente, puede ser engañoso enfatizar el papel de un único líder, ya que podría hacernos pensar que los movimientos (calificados como) *populistas* carecen de toda forma de organización.

³¹² Mény y Surel han identificado al menos tres formas de afirmación de los movimientos *populistas*: *i*) la creación *ex nihilo* de un nuevo partido político, aunque no sea llamado como tal (es el caso, por ejemplo, de Forza Italia y también del Movimento 5 Stelle); *ii*) la transformación radical de una organización tradicional tras la toma del poder por nuevos dirigentes (como el caso de Jörg Haider y el Fpö en Austria), y *iii*) la fusión de diferentes movimientos, que a menudo va de la mano con la transformación de la política interior del partido (el Front National de Le Pen en Francia, la Lega Nord de Umberto Bossi y el Vlaams Blok en Bélgica). *Cfr.* Mény, Yves y Surel, Yves, *op. cit.*, p. 240 y ss. Sobre la transformación de los partidos políticos en los últimos años consúltese a Calise, Mauro, *Il partito personale*, Roma-Bari, Laterza, 2016.

³¹³ En la retórica de los líderes *populistas* tiende a predominar el deseo de abolir las barreras o la distancia, si no es que cualquier diferencia, entre gobernantes y gobernados. El *populismo* —afirma Taguieff— está impulsando un proyecto político basado en reducir la brecha entre el “pueblo” y quienes lo gobiernan en nombre de un concepto de “democracia directa” que debería favorecer al ciudadano activo. De acuerdo con el autor, ésta sería la cara positiva del *populismo*: la idealización de la “democracia directa” y, al mismo tiempo, la promoción de determinados instrumentos institucionales que permitan

Latina parecen estar unidos por la aspiración de reducir la distancia entre el “pueblo” y el gobierno, por ejemplo, recurriendo a instrumentos de participación ciudadana como el plebiscito y la celebración de elecciones primarias, o servirse de canales de comunicación, algunos de ellos unidireccionales, como la televisión³¹⁴ y, en la actualidad, las redes sociales, foros, blogs, entre otras,³¹⁵ que (sólo aparentemente) superan la asimetría entre emisores y receptores. En este sentido, puede afirmarse que los *populistas* aspiran hacia un modelo de democracia “in-mediata” o, bien, “desintermediada”.

Pero, más allá de la retórica, conviene preguntarse si la versión de democracia “inmediata” propugnada por el *populismo* es una alternativa factible. En una frase: ¿la democracia “sin partidos” sigue siendo democracia? Esta interrogante nos adentra inevitablemente a una de las cuestiones más controvertidas en la literatura: la relación entre *populismo* y democracia. Como sabemos, las interpretaciones sobre la presunta naturaleza democrática de los movimientos *populistas* (o calificados como tales) no sólo son discordantes sino también contradictorias, a veces al límite

su ejercicio, como los referendos y la iniciativa ciudadana. Taguieff, Pierre-André, *op. cit.*, pp. 132 y 185.

³¹⁴ En referencia a la importancia que adquieren los medios de comunicación como medio para asegurar el contacto “directo” entre el líder y el “pueblo”, algunos autores hablan de “telepopulismo”. *Ibidem*, pp. 112-125. En el contexto europeo, un ejemplo paradigmático de este fenómeno es identificado en el gobierno de Berlusconi, quien, dominando los medios de comunicación televisivos, es reconocido por haber sido capaz de utilizar eficazmente las técnicas del mercado publicitario — del que controlaba una parte significativa — en el campo político. El foro ideal del líder italiano no era el escenario de un mitin sino la pequeña pantalla de televisión. Taguieff, Pierre-André, “La scienza politica di fronte al populismo: da miraggio concettuale a problema reale”, *Trasgressioni*, vol. XV, núm. 3, 2000, pp. 69 y ss.

³¹⁵ En Europa, el campeón de esta modalidad telemática es Beppe Grillo, líder indiscutible (hasta septiembre de 2017) del Movimento 5 Stelle italiano. A partir del uso constante de las redes sociales por parte de Grillo como una forma privilegiada de ponerse en contacto con sus seguidores algunos han propuesto la categoría de “web-populismo”. Cfr. Lanferey, Damien, “Il movimento dei grillini tra «meetup», meta-organizzazione e democrazia del monitoraggio”, en Mosca, Lorenzo y Vaccari, Cristian (eds.), *Nuovi media, nuova politica? Partecipazione e mobilitazione online da MoveOn al Movimento 5 stelle*, Milán, Angeli, 2011, pp. 143-166; Miani, Mattia, “L’uso politico dei nuovi media e il rischio del populismo”, *Il Mulino*, 2, 3007, pp. 882-892; Vignati, Rinaldo, “Il successo e i dilemmi del Movimento 5 Stelle”, *Il Mulino*, núm. 4, 2012, pp. 731-738.

de toda plausibilidad.³¹⁶ Por un lado, hay quienes sostienen que las reivindicaciones políticas del *populismo* —en particular, las redenciones de la soberanía popular— constituyen una clara defensa de la democracia. Se dice que los *populistas* critican a las instituciones típicas de la democracia “representativa”, como los partidos y los parlamentos, mas no sus fundamentos, principios y valores últimos. Al contrario, es en nombre de esos principios y valores que la democracia será redimida. “La democracia (realmente existente) es desafiada en nombre de la democracia (ideal)”.³¹⁷ Parece una paradoja: la democracia es cuestionada en nombre de los mismos principios —de libertad e igualdad política— sobre los que dicha forma de gobierno está construida. El *populismo* tiene “confianza en los valores de la democracia, pero desconfianza en las instituciones, procedimientos y personas del sistema democrático: los partidos, el Parlamento o la justicia”.³¹⁸ Sin embargo ¿es sensatamente plausible asumir los principios que inspiran a la democracia y al mismo tiempo rechazar (o incluso prescindir de) las instituciones y procedimientos que hacen posible el proceso de autodeterminación colectiva que distingue a la democracia?³¹⁹

Es precisamente en el desprecio a los partidos y el papel del Parlamento que otros expertos ven una amenaza o desafío, más o menos declarado, del *populismo* a la forma de gobierno democrática. Desde esta perspectiva,

³¹⁶ Algunos estudiosos están dispuestos a suscribir afirmaciones como la siguiente: “el populismo es compatible con la democracia (como ideal o como tipo de régimen) pero también con sistemas políticos antidemocráticos que van del autoritarismo al totalitarismo”. Taguieff, Pierre-André, *L'illusione populista*, cit., p. 114. De acuerdo con Taguieff, el significado político del *populismo* “oscila entre el hiperdemocraticismo (la idea reguladora de una democracia participativa o la utopía de una democracia directa), el seudodemocraticismo (el de los aduladores interesados del pueblo) y el antidemocraticismo (este último siempre menos disfrazado, en el discurso de los candidatos a la dictadura en la era de la hiperlegitimidad de la democracia, por medio de declaraciones de buenas intenciones democráticas)”. *Ibidem*, p. 87

³¹⁷ Mény, Yves y Surel, Yves, “The Constitutive Ambiguity of Populism”, cit., p. 8.

³¹⁸ Mény, Yves y Surel, Yves, *Populismo e democrazia*, cit., p. 30.

³¹⁹ “Es cierto —afirma Mastropaolo— que las nuevas derechas respetan las reglas democráticas y no derrotan los principios que las sustentan. Sólo que las reglas y principios son reinterpretados, vaciados o distorsionados, mostrando una inquietante intolerancia hacia la democracia entendida como confrontación y conciliación entre ideas, intereses y partidos distintos. En nombre del pueblo soberano, han elaborado un singular fundamentalismo democrático que absolutiza el cuerpo colectivo y el líder que lo dirige... el suyo es un uso bastante cuestionable de democracia”. Mastropaolo, Alfio, *La democrazia è una causa persa?*, cit., pp. 270 y 271.

la “democracia inmediata” o “sin partidos” no es una forma más pura o elevada sino su contrario, un modelo que bien podría llamarse “democracia de investidura”, en el que el poder de los ciudadanos se expresa y se reduce a la elección de los gobernantes, cuya misión es interpretar y hacer cumplir la “voluntad del pueblo” sin el “estorbo” de los partidos políticos.³²⁰ En suma, para decirlo con una de las metáforas más difundidas en el discurso público actual ¿el *populismo* es una “patología” de la democracia o simplemente la manifestación de una “patología” presente en el corazón mismo de los regímenes democráticos contemporáneos?³²¹ A este tema está dedicado el siguiente capítulo.

³²⁰ Mastropaolo, Alfio, “La mucca pazza della democrazia. La destra radical-populista e la politica italiana”, *Meridiana*, núm. 39, 2000, p. 53. Sobre el tema véase a Calise, Mauro, *La democrazia del leader*, Laterza, Roma-Bari, 2016.

³²¹ Paul Taggart, “Populism and the Pathology of Representative Politics”, *cit.*, pp. 62-80.